

Tema de Estudio 2024-2025
Anexo

En el Camino A Emaús



Meditaciones Diarias
basado en el Evangelio de Lucas 24:15-35

Profesora Marina Marcolini
13° Encuentro Internacional de Equipos de Nuestra Señora
Turín, Italia
Julio 2024



Teams of Our Lady

Meditación del día COMENTARIO A LC 24, 15-35

Martes 16/7

Lc 24 15-18 : *Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos. Pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran. El les dijo: «¿Qué comentaban por el camino?». Ellos se detuvieron, con el semblante triste, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¡Tú eres el único forastero en Jerusalén que ignora lo que pasó en estos días!».*

Introducción

Buenos días, queridos y queridas, ¡buenos días a todos!

Pensad en la suerte que tenemos de estar aquí. Qué gran privilegio es poder quedarnos unos días sin otro pensamiento que el de sumergirnos en el Evangelio: entrar a fondo en la palabra de Dios.

Fuera hay un mundo ajetreado que pasa a toda prisa. Unos por el trabajo, otros por las vacaciones, otros por las tareas constantes... en una persecución constante hacia un tiempo que huye, hacia una felicidad que no se alcanza...

Por unos días aquí pararemos el tiempo. Viviremos en un tiempo dilatado. No tendremos que correr, no tendremos ansiedad. No caminaremos hacia delante, sino que descenderemos a las profundidades. Nos quedaremos quietos en una silla, pero emprenderemos un viaje emocionante, lleno de descubrimientos. Una exploración dentro del Evangelio y dentro de nosotros mismos.

Y saldremos transformados, porque el contacto con la palabra del Señor renueva la vida.

Cada día se nos ofrecerán trocitos de Evangelio, unos versículos, pequeñas migajas que saborearemos con calma, para redescubrir cuánta riqueza de sabor y aroma hay en un bocado de Evangelio saboreado juntos.

No tengo ninguna competencia oficial para guiaros por este camino. No soy ni sacerdote ni monja, ni siquiera especialista en la Biblia. Y no sé por qué me han elegido los muy buenos y amables organizadores de esta magnífica conferencia. ¿Quizás porque soy un enamorado del Evangelio?

Sólo puedo asegurarles esto: que cada palabra que les voy a decir está encarnada en mi vida, es la palabra del Evangelio puesta a prueba en mi vida, en sus momentos más dolorosos y también en los más alegres.

La palabra del evangelio es una palabra que nunca me ha fallado, que me ha transformado y me sigue transformando. Fuerza de vida que siempre nos renueva.

La tarea que se me ha encomendado es exigente, pues me piden no sólo que comente los versículos de Lucas relativos a los discípulos de Emaús después de la pasión y muerte de Jesús, sino también que los relacione con la liturgia eucarística.

Intentaré, pues, acompañaros cada día por tres caminos, que se entrecruzarán libremente, sin esquemas fijos y rígidos, porque no me gusta ser didáctico. El Evangelio es vida y la vida necesita moverse libremente.

Los caminos por los que nos encaminaremos son estos:

1. Revivir la experiencia de los dos discípulos de Emaús, gracias a una narración que nos lleva a identificarnos con ellos.
2. Observar atentamente el comportamiento de Jesús, qué palabras y gestos elige, qué tienen que decirnos ahora.
3. Conectar los pasajes evangélicos con la liturgia eucarística, con las partes que la componen.

El objetivo es tener una experiencia interior transformadora. Hacernos trabajar por las manos del Señor. Ser impulsados por el soplo de su Espíritu a abrirnos, a renovarnos.

Sentir que su palabra es para nosotros lo que la primavera es para los prados, prados que reverdecen, brotan, florecen.

Hacerlo todos juntos, aquí, con tanta gente, es algo absolutamente excepcional, me emociona tanto. Pensad: aquí somos miles de corazones que se preparan juntos para dejarse conmover por la palabra de Dios.

Aquí nos deseo a todos, con todo mi afecto, que nuestros corazones ardan, que Jesús nos reencienda, reencienda la llama de nuestra fe. ¡Pensad cuánto calor podemos desprender todos juntos!!

Comentario

Los discípulos de Emaús: los exégetas explican que pudo tratarse de dos amigos o tal vez de una pareja. Camino con ellos y escucho su dolor.

No pensamos con suficiente frecuencia en un hecho que es la realidad básica de la fe cristiana: nace de un trauma, el más terrible que han vivido los creyentes de todos los credos, la cruz.

El trauma inconcebible: Dios dejándose matar. Junto con Jesús, muere en la cruz el sueño de una humanidad redimida, curada, un sueño de fraternidad y amor universal, el sueño de los sueños. Una gran causa, aniquilada en unas horas de interrogatorio, tortura y ejecución despiadada.

Había una pequeña comunidad de discípulos que se había formado en torno a aquel sueño, una comunidad vibrante, aunque no exenta, en su seno, de incomprendimientos y conflictos.

Aquellas mujeres y aquellos hombres habían tenido que presenciar la violación de su esperanza. Habían sido testigos de la violencia desatada contra un inocente con ojos tan claros y buenos como los de un niño.

Un poder fuerte y arrogante había escupido sobre el rostro de Jesús, sobre el rostro de un hombre que mostraba el verdadero rostro de la humanidad.

Y luego la sangre de sus dulces manos, de sus pies clavados en el madero, esas manos que con tanto amor habían cuidado y acariciado, esos pies incansables siempre en camino para llevar una palabra de vida, un abrazo de amor incluso a los más alejados y marginados.

Los amigos de Jesús tienen todo esto en los ojos y en el corazón: el horror y el dolor indecible impresos en su memoria con letras indelebles de color rojo sangre. Y sienten el vacío, temible como un abismo, de la ausencia de Jesús.

Aturdidos, desorientados, asustados, los discípulos se dispersan o se encierran en sí mismos.

El espacio se ha reducido a su alrededor, en la medida de sus temores y decepciones. Los amplios espacios a los que les había acostumbrado el Rabí de Galilea, que recorría tierra y cielo a lomos de un asno, no son más que un recuerdo.

Su geografía del corazón se ha vuelto repentinamente estrecha y, en consecuencia, su inteligencia de la realidad también se ha encogido.

De una meta que parecía cercana -ese reino de Dios prometido por Él- se encuentran arrojados de nuevo a las profundidades incomprensibles y oscuras de quienes, habiendo zarpado a mar abierto con el entusiasmo de la más hermosa aventura, han sentido que la barca se desmoronaba bajo sus pies.

Los dos hombres de Emaús son dos náufragos a la deriva, ya no tienen rumbo. Y sienten que su vida ya no tiene sentido.

Habían cultivado un sueño durante aquellos tres años con Jesús, que había hecho volar sus deseos. Aquel rabino de manos callosas, sencillo y misterioso a la vez, había encendido en ellos aquel sueño maravilloso: en lugar de esta triste historia nuestra, que parece repetirse siempre igual - una historia de violencia y abusos, de esclavos y amos-, Jesús les había abierto de par en par horizontes de nuevos cielos y nuevas tierras.

Había prometido un reino de amor, un lugar donde el rostro de cada persona es tan claro como el de un niño, y la mano no esconde ningún aguijón.

Una humanidad curada, un jardín donde la vida florece y madura, se da a sí misma, sin enemigos...

Los que habían seguido a Jesús le habían creído, porque le habían visto obrar. Había visto a enfermos curados, a pobres criaturas sufrientes, oprimidas en cuerpo y espíritu, retomar el camino de la vida, hechas de nuevo. Había visto a prostitutas endurecidas por el cinismo volver al llanto y al amor de verdad. Había visto a pecadores empedernidos, acaparadores de dinero, dejarlo todo y entregarse a una misión peligrosa, la del rabino de Galilea perseguido por los fariseos. Había oído a criminales en el patíbulo pronunciar palabras de ternura... ¡Y a muertos volver a la vida!

Le habían creído divino aquel hombre, tan capaz era de amar y de dar vida: hijo del hombre e hijo de Dios.

Pero entonces este hombre-Dios, profeta poderoso, que curaba a los moribundos y resucitaba a los muertos, ¡había sido asesinado! Manos humanas le habían golpeado. Igual que se golpea a cualquier otra pobre vida humana, del mismo modo Jesús había sido torturado, herido, azotado, asesinado.

El poder lo había juzgado, un rechazado, un hombre al que había que eliminar.

Los discípulos habían huido, habían tenido miedo, todo era demasiado grande para ellos y demasiado imprevisiblemente desconcertante.

El mundo se derrumbó sobre ellos. El suelo desapareció bajo sus pies. Una caída hacia lo desconocido.

No se sale indemne de un trauma de esta magnitud. Me los imagino conmocionados, los discípulos de Emaús, caminando juntos para darse ánimos y llenar el silencio con palabras, con historias repetidas continuamente y preguntas sin respuesta, por miedo al silencio, por miedo a quedarse solos ante aquel vacío, aquel abismo.

Venían de Jerusalén. Lejos, ¡escapad de ese lugar maldito! Lejos, ¡abandonar allí los escombros del sueño, los castillos en el aire!



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



Partir, volver atrás, encogerse a la medida de lo cotidiano, dejarse llevar por los pequeños deseos de cada día: más pan, menos fatiga, un poco más de bienestar... Y tal vez, quién sabe, esperar un vuelco político, pero nada más.

Qué terrible es el dolor de perder los sueños. Qué terrible es darse cuenta de que las esperanzas no se realizan, de que el amor muere.

Qué cruel es el golpe en el corazón cuando por enésima vez vemos que fue el desamor, la soberbia, la injusticia lo que venció.

Te sientes perdido, solo. Y te gustaría arremeter contra alguien, contra un enemigo, pero te das cuenta de que la decepción, la derrota también es tuya, tú mismo te has defraudado, tú mismo te sientes perdedor.

Y te das cuenta de que no te quieres, de que te desprecias, de que te preguntas si tu vida tiene sentido.

Jesús entra en nuestras vidas en días como estos, mientras recorremos caminos regresivos de vuelta a un Emaús que es para nosotros el lugar de la no esperanza, el lugar del desencanto, del llamado "realismo".

El lugar al que vamos sabiendo que allí no ocurrirá nada nuevo y que tendremos que aceptar el mundo tal como es y conformarnos con él y no soñar más.

Ya no queremos levantar los ojos, mirar hacia arriba, soñar a lo grande, porque todo se ha derrumbado y se nos ha venido encima.

La vida volverá al traqué habitual y desplazaremos nuestros deseos a las cosas pequeñas, miraremos hacia abajo, para no sentirnos desesperados.

Los discípulos de Jesús: siento que esos dos son parecidos a mí.

Parecidos, porque pisan las mismas huellas de mis derrotas, de mis desilusiones, de mi desesperación.

Parecidos, porque descienden por los mismos valles oscuros, se adentran en las mismas noches donde parece que no hay ni un hilo de luz amiga que te dé valor. Sólo oscuridad y tristeza, tinieblas y miedo. Nada más.

Y no ves la hora de llegar a casa, de cerrar la puerta tras de ti y defenderte de la vida, de sus terribles ataques.

Pero algo sucede, un encuentro inesperado y aparentemente casual. En su camino de decepción, los discípulos de Emaús se encuentran con un extraño, al que nunca habían visto..

Las primeras palabras de Jesús son una pregunta: *¿Qué son esas conversaciones que mantenéis entre vosotros por el camino?*

Escucha qué delicadeza y también qué ironía en esta pregunta de Jesús, que finge no saber nada de nada, como si fuera un forastero venido de quién sabe dónde. Y la respuesta de los dos, en efecto, es: *¡Sólo tú eres forastero en Jerusalén! ¿No sabes lo que ha pasado allí en estos días?*, lo que equivale a decir: pero tú estás fuera del mundo?

Esto es curioso. Parece que Jesús adopta una especie de ironía socrática, es decir, aquel método utilizado por el filósofo Sócrates de fingirse ignorante para instar a su discípulo a que le explique su opinión, de modo que pudiera ver, por sí mismo, que carecía de fundamento.



Jesús no hace preguntas al azar. Es su método, su pedagogía, solicitar a los discípulos con preguntas. En los evangelios hay al menos 220 preguntas de Jesús.

"Un dicho judío dice que al principio Dios creó el signo de interrogación y lo puso en el corazón del hombre" (E. Ronchi).

Al comienzo de la misión pública de Jesús, cuando los primeros discípulos habían empezado a seguirle, su primera gran pregunta había sido *¿Qué buscáis?* (Jn 1,38) y es una pregunta que Jesús también nos hace ahora a nosotros: *¿qué buscamos? ¿Qué nos mueve? ¿Cuál es mi deseo? ¿Mi meta?*

Porque éste es el resorte de todo, lo que impulsa mi vida.

Ahora, en el camino de Emaús, la pregunta es diferente. Jesús pregunta: *¿Qué es esta conversación que mantenéis?* Quiere escuchar su interpretación de los hechos, oír lo que entendieron de su vida y muerte en la cruz. Para que se cuestionen y se abran a una comprensión nueva, más amplia, de los acontecimientos.

"La forma del signo de interrogación recuerda a la de un anzuelo, que el Evangelio deja caer en nosotros para engancharnos, arrastrarnos hacia sí, "pescarnos", elevarnos al aire y a la conversión.

El gran escritor Rainer Maria Rilke, en sus Cartas a un joven poeta, exhorta a su interlocutor a "vivir bien las preguntas", a no correr inmediatamente de puerta en puerta, de libro en libro, de maestro en maestro en busca de respuestas. Ama las preguntas, déjalas trabajar en ti, como una gestación" (E. Ronchi).

"Cuando alguien tiene respuestas para todas las preguntas, demuestra que va por mal camino... Dios nos sobrepasa infinitamente, es siempre una sorpresa... Quien quiere todo claro y cierto pretende dominar la trascendencia de Dios...» (GE 41).

Jesús se acerca a los discípulos llevando un signo de interrogación como primera cosa.

Recordémoslo cuando parezca que tenemos la verdad en el bolsillo. Porque Jesús nos insta a hacer siempre preguntas, a cuestionar nuestras lecturas reductoras. Jesús, hombre y Dios, es un gran misterio que siempre nos sorprende.

"Jesús mismo es una pregunta. Su vida y su muerte nos interrogan sobre el sentido último de las cosas, nos interrogan sobre lo que hace feliz la vida. Y la respuesta sigue siendo Él" (E. Ronchi)

¿Cómo saldrán los discípulos de Emaús de esa desesperación?

Será lo impensado lo que les salve, una irrupción de asombro y de novedad en el seno de sus existencias encogidas, devueltas a la mera medida de la realidad de los hechos.

La irrupción de lo nuevo se produce en el corazón del trauma, de todos nuestros traumas. Interrumpe y relanza.

"Para el pesimismo, basta con la observación de los hechos; para el optimismo, hace falta creatividad" (F. Mernissi).

¿Y quién puede ser más creativo que Dios?

La resurrección siempre está ahí para decirnos que no puede haber pérdida, ni angustia, ni decepción tan abrumadora y ardiente que no pueda ser superada por la creatividad del amor.

"Es la noticia inesperada: hay una bendición escondida en nuestro sufrimiento.

De alguna manera se esconde un don en medio de nuestras lágrimas" (H. Nouwen).



TORINO 2024
13° raduno
internazionale

Nuestro dolor a veces busca una guarida, lame sus heridas. Démosle tiempo para hacerlo, para llorar, pero permanezcamos a la escucha, permanezcamos abiertos: el Señor nos llama.

Venid, nos dice, venid y os haré descubrir la luz en la oscuridad de la pérdida, el infinito dentro de la tumba de vuestras esperanzas.

Hay un regalo en las lágrimas.

En la Eucaristía, ese inmenso don de Jesús, desandamos el camino de Emaús y nos encontramos con Él. Porque de esto nos habla la Eucaristía: de nuestra vida. Y no sólo nos habla a nosotros, sino que cuida de la vida herida y doliente. Renueva la vida, la celebra, la bendice.

"Venimos a la Eucaristía con el corazón roto por muchas pérdidas, las nuestras y también las del mundo". (H. Nouwen). En este camino lleno de baches volvemos a encontrarlo.

En la Eucaristía recitamos: Señor, ten piedad, una confesión general y comunitaria.

Para interpretar el sentido de este acto penitencial preliminar, me gusta referirme al gran poeta Dante.

Su Divina Comedia es una obra conocida en todo el mundo, una de las obras maestras más grandes del mundo. ¿Y cómo comienza? Con un hombre caminando por un bosque oscuro, sin saber adónde ir, sintiéndose perdido y con mucho miedo: "*En medio del viaje de nuestra vida / me encontré en un bosque oscuro / pues el camino recto se había perdido...*".

Dante da unos pasos para salir de aquella espantosa situación y aparecen ante él tres bestias feroces dispuestas a devorarlo: son la imagen del mal que hay dentro y fuera de él, en su persona y en la sociedad. Dante se paraliza, ya no puede continuar.

¿Y cuáles son las primeras palabras que pronuncia Dante, paralizado por el miedo? Miserere di me: ten piedad de mí.

Estas palabras son una petición de ayuda, no un sentimiento de culpa, mortificado ante un juez, sino que es pedir una mano a un amigo, decirle: sácame de aquí, mira dónde me he metido. Es disponerse a dejarse ayudar y a dejarse amar.

Señor misericordia significa entonces: ayúdame, no puedo hacerlo solo. Dame tu mano y sácame de mis bosques oscuros, de mis crisis. Renuévame, y conmigo renueva a todos estos otros que ahora están aquí en esta iglesia. Ayúdanos a todos juntos. Es "sentir a Dios como una persona viva que se comunica con nuestra persona viva" (Vannucci).

"Cristo vive. Él es nuestra esperanza y la juventud más hermosa de este mundo. Todo lo que Él toca se hace joven, se hace nuevo, se llena de vida.

Él está en ti, está contigo y nunca te abandona. Por muy lejos que te alejes, el Resucitado está a tu lado, llamándote y esperando a que empieces de nuevo.

Cuando te sientas viejo por tristezas, rencores, miedos, dudas o fracasos, Él estará allí para devolvértelo la fuerza y la esperanza" (Francisco, CV, 1-2).



MEDITACIÓN del día COMENTARIO A LC 24, 15-35

Miércoles 17/7

Lc 24, 25-27: *Jesús les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.*

Comentario

Jesús invita a los discípulos de Emaús a leer con él su historia -esa historia que aparentemente terminó en el fracaso, en la cruz- dentro de un cuadro más amplio. Nosotros somos pequeños y nuestras vidas cortas, pero hay un infinito y un eterno que las contiene y les da un significado especial e indeleble.

Jesús explica a los dos discípulos de Emaús que la derrota, la pérdida, el trauma, la muerte son inevitables, pero que no destruyen nada definitivamente. Existen, por desgracia, y tenemos que lidiar con ellas cada día, pero no tienen la última palabra, la verdad de las cosas no reside en ellas.

Nos hieren, nos derriban, nos postran, pero no pueden destruir la promesa de amor, de luz, de verdad, de vida que Dios vino a darnos.

Hay personas que prefieren aferrarse a su dolor antes que correr el riesgo de volver a tener esperanza.

Hay veces que preferimos anestesiarnos nuestro corazón y no sentir nada más, antes que correr el riesgo de ser heridos nuevamente por la vida.

Habíamos soñado con el amor, con un matrimonio perfecto, con un hijo perfecto, con un trabajo gratificante, con una vida plena, y la vida nos traicionó, el sueño se rompió, estalló como una pompa de jabón.

Habíamos soñado con un mundo nuevo, en muchos momentos lo habíamos soñado, y habíamos trabajado para construirlo en el taller del sueño de paz y justicia -el sueño de Dios-, pero todo se derrumbó y aquel largo y arduo trabajo nos parece completamente inútil.

Así que volvemos a cultivar el pequeño campo de casa, nos encerramos allí, en ese recinto, solos, y no queremos ver más allá.

Nuestros ojos están a veces tan empañados de tristeza que no reconocemos a Jesús, no oímos su voz, no lo vemos dentro de nuestros días.

La vida nos ofrece signos: gestos de amigos, palabras, encuentros, pequeños hechos que podrían abrirnos rendijas de luz, pero no los captamos, no queremos captarlos porque nos hemos casados con nuestro dolor, con nuestra tristeza, con nuestro resentimiento.

Jesús explicando las Escrituras a lo largo del camino "es una llamada al despertar, es un arrancarse las vendas de los ojos, un derribar los inútiles dispositivos de protección.

Tuvo que llamar "necios" a los discípulos para que vieran.

¿Y cuál es el reto? Confiar. Confiar en el esquema más amplio de las cosas, ir más allá de los sufrimientos del momento, verlos como parte de un proceso de curación mucho mayor" (Nouwen).

"Que las cosas se desmoronen es una especie de prueba y también de cura. Creemos que se trata de superar la prueba o de superar el problema, pero la verdad es que las cosas no se resuelven realmente. Se reúnen y luego se deshacen. Luego se reúnen de nuevo y vuelven a deshacerse. Así es como funciona.

La cura llega cuando dejas espacio para que suceda: espacio para el dolor, el alivio, el sufrimiento, la alegría.

Cuando hay una gran decepción, no sabemos si será el final de la historia. También puede ser el comienzo de una gran aventura" (Chödrön).

La alegría que otorga la fe se adapta y transforma en las distintas etapas de la vida. Incluso en las dificultades más graves, "poco a poco, hay que dejar que la alegría de la fe comience a despertar, como una secreta pero firme confianza.

Permanece siempre al menos como un destello de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo" (Francisco, EG, 6).

Jesús hace esto por nosotros, nos hace sentir amados. Y cuando nos sentimos amados, descubrimos cuánta belleza se esconde en una vida de servicio amoroso a los demás. Jesús abre de par en par las ventanas y respiramos aire puro.

La gran inteligencia pedagógica de Jesús consiste en ayudarnos con sus preguntas y con su vida, que cumple las Escrituras, a abrir las ventanas de nuestra mente y a someter a constante revisión nuestra manera de ver la vida y de reaccionar ante el mundo. En otras palabras, nos enseña la verdadera sabiduría.

Jesús es un maestro de la existencia. Jesús, "maestro de la escuela de la existencia, no se preocupaba tanto de corregir los comportamientos exteriores cuanto de estimular a las personas a pensar y a ampliar su comprensión de los horizontes de la vida" (Cury).

Jesús explica la Palabra a los dos discípulos en el camino e ilumina a los dos caminantes, primero confundidos y ahora atentos. Y les invita a hacer memoria, a recordar.

Los dos de Emaús son como nosotros, personas inseguras, frágiles y dubitativas a las que Alguien había encendido el corazón. Y Jesús se lo recuerda.

Habían encontrado el amor en Él, alguien que sabía amarlos como nadie jamás podría hacerlo. Y ese Alguien no sólo los amaba y les hacía sentirse únicos, sino que había sido capaz de ensanchar sus corazones de un modo que nunca habían experimentado.

Al amarlos, les hizo como él, más capaces de amar, más libres de ir más allá, de salir de los estrechos confines de su pequeño yo.

Allí fuera habían experimentado una libertad desconocida, respirado una belleza asombrosa, vivido una alegría embriagadora.

Sus vidas se habían alimentado, sus corazones se habían llenado de esa paz de Dios que permanece incluso en medio de las espigas de la vida.

Tras los pasos de Jesús por las calles y caminos de Palestina, los discípulos se habían sentido liberados de las ataduras del miedo. Con sus palabras y sus obras, Jesús les había contagiado el



amor por todo lo que vive en este mundo, incluso por lo que les parecía repugnante, los enfermos, los descartados, los desviados, los moribundos.

Y les había hecho niños, les había enseñado a disfrutar de la belleza de una flor, del vuelo de un pájaro. Habían aprendido de él la alegría de las cosas sencillas, a encontrar el gusto en un sorbo de vino y un bocado de pan y a sentir que no necesitaban nada más.

Y cuando no había pan, incluso unos granos crudos de una espiga de trigo -recogidos de un campo y comidos sonriendo con él y sus amigos- bastaban para poder decir:

aquí ya está todo, no necesito nada más; aunque ahora muriera, sería feliz porque en esta libertad, en esta fraternidad, en este dar y recibir amor, en este alegrarse juntos por lo poco, aquí está la plenitud de la vida, y yo la he experimentado.

Jesús pide a los dos discípulos de Emaús que contemplen la dura realidad de la cruz con una mirada nueva. Al morir de aquella muerte, les había mostrado una vía: el camino de la entrega, del amor que ayuda a todos a realizarse plenamente.

Cuánto necesitamos de estas palabras del Evangelio cada día, ante nuestras pequeñas y grandes pérdidas y duelos, ante las grandes derrotas sociales y políticas: las guerras -barbaridades inhumanas que deberían estar desterradas de la faz de la tierra, pero que se siguen utilizando para dirimir conflictos-; el abuso de poder sobre los más débiles, el egoísmo masivo que busca privilegios y descarta a las personas como si fueran desechos...

Hoy el mundo parece a muchos a la deriva, un barco que pronto encallará y naufragará.

Demasiado odio, demasiadas injusticias, demasiada violencia, una desigualdad demasiado vergonzosa entre los gordos epulones y los consumidos Lázarus de los pueblos, demasiadas muertes inocentes en nuestros mares, en los desiertos, demasiada rabia contra la tierra, contra la madre tierra que nos nutre...

Hoy en día hay suficientes motivos para que todos nos sintamos como aquellos dos discípulos de Emaús.

Mis jóvenes alumnos me preguntan, con cara triste: ¿no hay futuro? Y yo me estremezco al oír a veinteañeros decir eso y pienso en Jesús: ¡sí, hay futuro!
El futuro es él, ¡su promesa!

En la Eucaristía, la liturgia de la Palabra se nos ofrece como un don, para que nuestra memoria "rebose de las maravillas de Dios" (Francisco, EG 142).

Lo que dicen las Escrituras nos habla íntimamente, tiene que ver con nuestra vida de un modo muy profundo. En todo lo que vivimos, Jesús está con nosotros, por lo que incluso nuestra vida cotidiana es historia sagrada.

Formamos parte del gran río de la historia sagrada, el mismo río en el que navegaron las vidas de Moisés y los profetas, de María y José.

Nuestras historias son historia sagrada: las historias de Dios que camina con nosotros.

Si nos paramos a pensarlo, sentimos un gran asombro:



Somos una página de la historia sagrada, las Escrituras están vivas, se están cumpliendo hoy en nuestras vidas.

Intentad decirlo conmigo, todos juntos: *soy una página de la historia sagrada*, Dios la está escribiendo a través de nosotros, sus instrumentos.

Jesús vive y "esto es una garantía de que el bien puede abrirse camino en nuestras vidas y de que nuestros esfuerzos servirán para algo". Entonces podemos dejar de quejarnos y mirar hacia adelante, porque con Él siempre podemos mirar hacia adelante. Esta es la seguridad que tenemos" (Francisco, CV 127).

"El mal no tiene la última palabra" (Francisco, CV 126).

Es Jesús quien nos lo enseña. Él mismo experimentó de primera mano el dolor, el miedo, la sensación de abandono en la noche de Getsemaní y en la cruz. Lloró lágrimas y sudó sangre.

Pero "cuando caía la última hoja del invierno, cuando todo parecía perdido y sólo había lugar para el llanto y la desesperación, Cristo levantó la mirada y vio las flores de la primavera escondidas entre las ramas secas de la vida".

A diferencia de Cristo, nosotros abandonamos nuestras metas, planes y sueños a las primeras señales de dificultad. Deberíamos aprender de él a volver a levantar la mirada, a mirar más allá de las dificultades, los sufrimientos, las derrotas, las pérdidas, y a comprender que los inviernos más duros pueden ser el preludio de las primaveras más alegres" (Cury).

Más allá de lo visible, más allá de los hechos de mi vida y de las noticias que nos llegan de los telediarios, hay otro acontecer dentro de lo real y es mucho más profundo. Una filigrana de luz bajo el tejido de mis días y de la historia de la humanidad.

"Te recuerdo la buena noticia que se nos dio en la mañana de la Resurrección: que en todas las situaciones oscuras y dolorosas de las que hablamos hay una salida" (Francisco, CV, 104).

Y siempre que nos sintamos abatidos, desilusionados, recordemos que Dios es amor, repitamos "la primera verdad: *Dios te ama*". Si ya lo has oído, no importa, quiero recordártelo: *Dios te ama*. No lo dudes nunca, te pase lo que te pase en la vida. Sean cuales sean las circunstancias, eres infinitamente amado" (Francisco, CV, 112).



Meditación del día
COMENTARIO A LC 24, 15-35

Jueves 18/7

Lc 28-29 : *Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba». El entró y se quedó con ellos.*

Comentario

Jesús hace "como si" se fuera a otra parte, solo, por la noche.

Igual que antes había fingido no saber nada, ahora finge dejar a los discípulos. También esto forma parte de su hábil pedagogía. Recordemos que los discípulos todavía le ven como a un "extraño", todavía no le han reconocido.

Jesús no se impone. Espera un gesto, una invitación.

Y la invitación llega y se expresa con insistencia y con cálidas palabras de humanidad: Pero ellos insistieron: quédate con nosotros, porque se hace de noche; lo que equivale a decir: no queremos que te pongas en camino solo, en la oscuridad de la noche, entre los peligros y las fatigas del camino; ven con nosotros, te acogeremos en nuestra casa; te abriremos la puerta porque confiamos en ti. Compartiremos la cena, podrás descansar, pasar una noche tranquila. Ha sido tan bueno estar juntos a lo largo de este camino; ¡ya no eres un extraño para nosotros, sino un amigo!

Y en los discípulos hay también un deseo de reciprocidad: este forastero les dió palabras que los reanimó, les dió alimento para la mente, alimento para el corazón, cuando estaban faltos de ideas y hambrientos de cercanía.

Querían corresponder con lo que tenían, con lo que podían dar: un poco de compañía, una comida juntos, un lugar seguro donde dormir.

Imagino el corazón contento de Jesús, la alegría de sentirse acogido y poder así disponer de más tiempo para entregarse a los discípulos. Y la alegría, sobre todo, de descubrir que las semillas sembradas en su corazón habían germinado: los dos discípulos de Emaús demuestran con sus palabras de hospitalidad, que han comprendido el corazón del mensaje de Jesús: ama a tu prójimo, ayúdale en la necesidad, comparte lo que tienes, abre tu corazón, mira al forastero como miras a un amigo.

Recordemos que "la única grandeza del hombre se basa en el amor al prójimo" (Boros).

Al mostrar hospitalidad hacia el forastero, cuando aún no han reconocido en él a Jesús, los discípulos realizan lo que recomienda san Pablo en la Carta a los Hebreos: " Perseveren en el amor fraternal. No se olviden de practicar la hospitalidad, ya que, gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles." (Ebrei 13,1-2).

Es algo que hay que recordar siempre. Estas palabras de Pablo dan escalofríos cuando pensamos en los extraños que rechazamos.



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



Jesús partió de aquí, de la hospitalidad hacia todos y también hacia las partes oscuras, escondidas dentro de nosotros, hacia la oscuridad y la suciedad que hay en nosotros, que Jesús sabe acariciar con su ternura, abrazar con su misericordia.

Observo también otro aspecto en el pasaje evangélico de hoy: son los discípulos los que dan a Jesús y él recibe de ellos el don de la hospitalidad.

Jesús en los evangelios se pone repetidamente en el lugar de los necesitados de ayuda: recuerdo su petición de un poco de agua fresca a la samaritana en el pozo, y su petición de compañía a los discípulos durante la noche de la pasión en el Huerto de los Olivos...

Jesús anhela nuestra amistad, nuestro amor, nuestra ayuda.

¿Cómo habría sobrevivido Jesús recién nacido si no se hubiera apoyado en las manos inexpertas de la niña que le dió a luz? Indefenso, vulnerable, dependía totalmente del amor valiente de su jovencísima madre y de la conciencia honesta y tierna de José.

Dios es un padre que promete la salvación, pero viene como un hijo y nos pide que lo acojamos en nuestros brazos, que lo alimentemos y lo mimemos.

Dios nos necesita.

Este es el misterio más grande y quizá más difícil de aceptar: Dios acurrucado en mis brazos, pidiéndome cuidados y leche para crecer en el mundo.

"Él depende de nosotros para amar al mundo y mostrarle cuánto lo ama" (M. Teresa de Calcuta).
"En definitiva, es Cristo quien ama en nosotros" (Francisco, GE, 107 y 21).

También podemos ofrecer hospitalidad a Dios, decirle: ven a mi casa, me alegraré de tenerte cerca; compartiré contigo lo que tengo, te hablaré de mí y escucharé lo que tengas que decirme. Serás mi mejor amigo. Ven, ¡los dos necesitamos abrazarnos!

En cada una de nuestras oraciones y Eucaristías recordemos renovar esta invitación: ¡Te abro mi corazón, ven! Aquí hay sitio para ti, ¡ven! Es un lío confuso mi corazón, lo sé, pero tú me amas, ¡ven!

Este hacerse hospitalario, hacer espacio en uno mismo para Dios, con menos desorden en el corazón para acogerlo, es quizá lo más importante que podemos hacer. Porque todo parte de ahí, de dejarle el espacio y la libertad de actuar en nosotros.

Podemos relacionar este gesto hospitalario de ofrecimiento de los discípulos de Emaús con otros dos momentos de la Misa: el Credo de la profesión de fe y la ofrenda de dones. Al decir Creo, digo confío, te quiero conmigo y te ofrezco lo que tengo.

"Quizá no estamos acostumbrados a pensar en la Eucaristía como una invitación a Jesús para que se quede con nosotros. Nos inclinamos más a pensar que Jesús nos invita a su casa, a su mesa, a su comida. Pero Jesús quiere ser invitado. Sin invitación, se irá a otros lugares.

Es muy importante darse cuenta de que Jesús nunca se nos impone. Mientras no le invitamos, seguirá siendo un desconocido

El *Creo* es el gran sí: Sí, confiamos en ti..." (Nouwen).

Y ahora, como aún nos quedan unos minutos, como hoy hemos llegado al ecuador de nuestro camino, al tercer día, propongo recapitular los pasos que hemos dado tras las huellas de los dos

discípulos en los últimos días, observando las coyunturas narrativas del pasaje del evangelio de Lucas elegido para esta conferencia. Es un ejercicio, creo, que nos depara sorpresas iluminadoras.

Hasta ahora hemos leído tres secuencias narrativas, una por día.

Si observamos con atención, nos daremos cuenta de que cada una de estas secuencias es abierta, es decir, que su desenlace no está prefijado, sino que depende de la libre elección de los protagonistas.

Tomemos la primera secuencia, que leímos el martes: los dos discípulos discuten por el camino, Jesús se acerca sin ser reconocido y formula una pregunta, a la que los dos responden.

Jesús pregunta: "*¿Qué es esta discusión que tenéis entre vosotros por el camino?*". Lo que sigue a esta pregunta no es nada evidente. Pensemos un momento: los discípulos tenían varias opciones. Ante el encuentro con el desconocido y su pregunta, había muchas posibilidades de reacción. Podían, por ejemplo, haberse sentido molestos por el desconocido, sintiéndolo como un intruso (recordemos que estaban tristes y metidos en sus propios asuntos, encerrados en sus propios problemas). Para quitárselo de en medio, podrían haberle contestado groseramente (¿en qué te metes? Son nuestras cosas) o cortésmente (lo siento, no tenemos tiempo, tenemos prisa) o no contestarle en absoluto, limitarse a lanzarle una mirada molesta, irse al otro lado de la calle y acelerar el paso.

Los discípulos toman una decisión diferente: se sorprenden por la pregunta impertinente del hombre que parece "fuera de este mundo" y deciden que merece la pena hablar con él. Jesús les lanza la pelota y los discípulos no la sueltan, sino que se la devuelven. Es un hecho decisivo porque, como los discípulos están de viaje, para hablar con él deben aceptarlo como compañero de viaje.

Vemos ahora la tercera secuencia, que hemos escuchado hoy: se hace de noche, los discípulos invitan a Jesús a quedarse con ellos y Jesús acepta.

También aquí vemos a los discípulos en una encrucijada del relato: no estaba dicho que decidieran acogerlo. Después de un agradable paseo con aquel desconocido al que resultaba tan fascinante escuchar, podrían haberse despedido cortésmente de él, agradecerle mucho lo que les había explicado, desearle buen viaje y buenas noches. De este modo nunca le habrían reconocido, sus caminos se habrían separado y la historia habría terminado ahí.

Verás, te estoy sugiriendo que leas el Evangelio como si fuera un "libro bifurcación" o un libro-juego, esas historias que tienen varias alternativas posibles que el lector puede elegir, identificándose con un personaje. Sus elecciones condicionan el desarrollo de la trama, dando lugar a múltiples finales. Son libros que podemos agrupar bajo la fórmula: "Elige tu propia aventura".

Al identificarnos con la historia de Lucas, nosotros también podemos "elegir nuestra aventura". Vemos que en cada "bifurcación del camino" los discípulos eligen jugársela, optando libremente por la alternativa más desafiante, que es también la más creativa porque produce un nuevo segmento de la narración que tiene una importante función transformadora en la vida de los discípulos:

- acogerlo como compañero de viaje les permite escuchar las explicaciones de Jesús sobre las Escrituras y sentir cómo arde su corazón;
- acogerlo en su mesa como invitado permite a los discípulos reconocerlo.



TORINO 2024
13° raduno
internazionale

Reflexionar sobre ello es esclarecedor. Nos hace darnos cuenta de que nuestra vida siempre tiene un final abierto, y de cómo podemos, mediante opciones generosas y creativas, cambiar el final, dirigirnos hacia el final más hermoso.

En una palabra: las situaciones, los encuentros que nos ofrece la vida son oportunidades para crecer en conciencia, amor y libertad, como quiere Jesús.

Somos libres de aprovechar o no las oportunidades y desperdiciarlas o hacer de ellas oportunidades de crecimiento.

Creo que cada uno de vosotros tendría muchos testimonios que aportar al respecto. Os traigo un pequeño ejemplo.

Mientras escribía este comentario, en enero, estaba en casa y llamaron a mi puerta, un extranjero, magrebí, que viene de vez en cuando. Se llama Jalid y lleva una bolsa con calcetines, chalecos y pequeñas alfombras para vender. Mi primera reacción en el interior, al verle -sin ser visto- a través de la ventana, fue este pensamiento: ¡hago como si no estuviera en casa, tengo tanto que hacer! Dentro de siete días hay que hacer el comentario para el congreso de los ENS y ¡¡¡Jalid es un charlatán!!!

Entonces otra voccecita dentro de mí dijo: ¡¡¡pero no puedes echarle!!! Tendrá frío, ¡abre la puerta y ofrécele un té caliente!

Hice caso a la segunda voz, pero a regañadientes, porque cuando dejo de escribir, me cuesta volver a centrarme después y me entra la ansiedad de no poder cumplir los plazos. Entre todos los malabarismos mágicos que tengo que hacer para mantener juntos mi trabajo universitario, mi trabajo evangelizador y ser abuela de cuatro nietos, incluso media hora de trabajo perdida se convierte en un problema...

Abrí a Jalid. Nos sentamos a la mesa y pasó más de una hora antes de que se fuera. Esa hora pasó volando, ni siquiera me di cuenta de que pasaba.

Jalid, bebiendo tranquilamente su té caliente, sin prisa, como si no notara mi ansiedad, me habló de su religión. No sé por qué la charla cayó inmediatamente en este tema. Me dijo que, según el islam, en aquel momento me estaba haciendo un regalo. No le entendí. Jalid continuó: Sí, te estoy haciendo un gran regalo, porque te estoy dando la oportunidad de ser mejor, como Alá quiere que seamos. Si yo no hubiera venido, no habrías tenido la oportunidad de ser hospitalario con alguien y tu corazón habría estado más cerrado, y a Alá no le gusta eso. Pero a tu Dios tampoco le gusta. Porque en esto estoy convencido de que tu Dios y mi Alá piensan igual.

¡Qué gran enseñanza! Cuántas veces he descubierto perlas de sabiduría que me han iluminado en las palabras de los pobres, de los extranjeros, de los creyentes de otras confesiones, de los incultos, de los diferentes a mí.

Si les escuchas, te permiten ver las cosas desde otra perspectiva y esto puede ser esclarecedor y permitirte en la próxima encrucijada de este apasionante y difícil juego que es la vida hacer la mejor elección.

"Nuestro destino como cristianos: dar y pedir. Dar el don para que otros nos den algo. Dios quiere que pidamos limosna a los demás. Nos exige que nuestra humildad tome la forma de la mendicidad. En todas las situaciones de la vida". (Boros).



Meditación del día
COMENTARIO A LC 24, 15-35

Viernes 19/7

Lc 30-32 : *Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se lo dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista. Y se decían: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»*

Comentario

Hemos llegado al punto culminante de nuestro viaje tras los pasos de nuestros dos amigos. Hemos llegado a Emaús, los discípulos están a gusto con ese misterioso desconocido que parecía no saber nada de los acontecimientos del día, pero que en realidad sabe más que nadie, porque conoce la dinámica profunda de los hechos.

Los vemos a todos sentados a la mesa y, de repente, la historia da un giro inesperado para los dos discípulos que habían invitado a Jesús a cenar con ellos. Las partes se invierten: ahora ya no son ellos quienes ofrecen algo a Jesús, sino que es Jesús quien les da el pan.

Y no sólo eso: esta vuelta permite abrir los ojos de los discípulos, que hasta ese momento habían estado como ciegos: habían hablado con Jesús, habían caminado con él durante mucho tiempo, le habían escuchado interpretar la Biblia, pero aún no lo habían reconocido.

Parece imposible: nos preguntamos cómo no se habían dado cuenta antes de que se trataba de Jesús, pero aquí el evangelista Lucas está utilizando una estrategia narrativa, que utiliza para hacernos comprender plenamente esta historia.

Esta estrategia se llama narración de agnición, de una antigua palabra griega que significa reconocimiento. Ha sido muy utilizada en la literatura desde la antigüedad, Aristóteles ya hablaba de ella, definiéndola como "un paso de la ignorancia al conocimiento acompañado de reversión" (Poética)

El primer aspecto del cuento de la agnición es una ausencia, la pérdida de un ser querido que tanto sufrimiento provoca. El sufrimiento es la base del camino que, a través de signos, intuiciones, recuerdos o testimonios, conducirá al reconocimiento.

El reconocimiento -es importante destacarlo- no es sólo el del ser querido que finalmente se encuentra, sino que también significa la comprensión de lo que esa persona representa.

Pensemos en Ulises, que regresa a Ítaca vestido con trapos, como un mendigo, y al principio nadie le reconoce, excepto su perro, que, sin embargo, no puede hablar. La primera persona que lo reconoce es una humilde mujer que forma parte de la servidumbre de palacio, la niñera de Ulises. El signo que permite a la niñera reconocerle es una cicatriz que Ulises lleva en el cuerpo, una marca indeleble y única.



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



En nuestro pasaje evangélico, los discípulos necesitan que Jesús parta el pan para que el velo caiga de sus ojos, para que se produzca el reconocimiento.

Partir el pan es el signo indeleble de Jesús y la marca que lo distingue.

Su entrega, el hacerse pan para todos e invitar a los demás a hacer lo mismo es algo que está grabado en él como puede estarlo una cicatriz: un signo inconfundible.

Sólo él parte así el pan y ese gesto resume su vida.

Los discípulos ahora ven y ven a Jesús vivo. El tema de la ceguera es recurrente e importante en los evangelios.

Y también lo es en la literatura. Las más altas páginas literarias nos enseñan precisamente esto: a quitarnos la venda de los ojos, a dejar de ser ciegos ante nuestros propios defectos y ante las virtudes de los demás, a abrir bien los ojos a la verdad.

"Pero, además, todas las buenas historias, de un modo u otro, giran en torno a la visión": personajes deslumbrados por deseos que les obsesionan, por ejemplo, pero también "la ceguera como el núcleo de la opresión social".

Lo cierto es que, en la vida real, incluso más que en los libros, somos esclavos de ilusiones y prejuicios, de las cosas que queremos ver y oír. ¿No es la ceguera ante los demás la fuente de todos los males en el mundo real? Si los amos de los esclavos los hubieran visto como lo que eran -seres humanos como ellos-, ¿les habrían infligido tanta crueldad?" (Nafisi).

Se les abrieron los ojos, escribe Lucas de los discípulos, y Dante en el bosque oscuro dice: Me encontré a mí mismo: es un despertar.

"El testimonio de Jesús sobre la presencia de Dios indica el modo de un despertar por el que entramos en contacto con Aquel que no abandona a nadie...

No tiene sentido preguntarse dónde está Dios y cómo puede ayudarnos.

No es Dios el que está lejos, es el hombre el que se ha dormido, el que está ausente y disgregado, perdido para sí mismo" (Mancini).

El evangelista Lucas nos dice que los ojos de los discípulos se abrieron en el preciso momento en que Jesús partió el pan y lo compartió.

Sólo entonces comprendieron el significado del otro signo que habían recibido: el ardor de sus corazones mientras Jesús interpretaba las Escrituras a lo largo del camino.

Sólo entonces fueron capaces de relacionar un signo con el otro.

Estos versículos sobre el reconocimiento de Jesús tienen un poder extraordinario: en muy pocas palabras engloban un proceso fundamental de la fe.

Cuando reconocemos a Dios en nuestra vida -a través de una intuición, una experiencia, una palabra leída o escuchada-, somos capaces de relacionar los signos de la presencia de Dios que hemos recibido a lo largo del tiempo, pero que todavía no habíamos comprendido.

Pensemos en ese juego de niños: hay una hoja de papel con muchos puntitos, y cuando uno los mira sólo ve un conjunto de puntos sin ningún sentido

Pero cuando el niño coge un lápiz y traza líneas que conectan los puntos entre sí, revelan una forma, un dibujo, por ejemplo la forma de un animal o de una casa, y es como un descubrimiento: el dibujo ya estaba ahí en el papel, pero los ojos del niño no podían verlo antes.

Los discípulos ven a Jesús partir y ofrecer el pan, unen los puntos y por fin comprenden. Aparece un dibujo, ya no hay la confusión de antes.

¿Y cuál es la imagen que surge?

"El símbolo central de la nueva visión de la vida, el reino de Dios, es una comunidad reunida en una comida festiva, donde se comparte con todos el pan que sustenta la vida y la alegría que sostiene el espíritu" (McFague).

"Una comunión con Dios y una comunión con la tierra y una comunión con Dios a través de la tierra" (P. Teilhard de Chardin, citado en McFague).

"El misterio cristiano es un misterio de comunión" (Vannucci).

"No la santidad de los elegidos, sino la plenitud de todos" (Schüssler en Sally 82).

La Eucaristía: un tema tan profundo y vasto... Cuando empecé a pensar en ello, sentí que es como un enorme tapiz de muchos colores. Sigues un hilo y encuentras un nudo que te conecta con otro hilo y luego encuentras otro nudo y otro hilo de nuevo, y así el tejido se ensancha, se vuelve vasto, y te das cuenta de que ese tapiz incluye todo el Evangelio.

La Eucaristía, símbolo total, encierra en sí todo el anuncio de Jesús. Por eso, el sentimiento de asombro, de admiración que suscita es grande. La emoción de un misterio tan profundo, tan arraigado en la vida, que si escarbo encuentro aún más profundidad y luego más y más ...

Pero ocurre que todo lo que dura mucho tiempo y que repetimos a menudo tiende a perder su carga de emoción. La maravilla, el sentido del misterio se desvanecen y la rutina toma el relevo. Es normal; está en el orden de las cosas que lo que está inmerso en el tiempo a lo largo de los años se vaya apagando. Ocurre incluso con los acontecimientos más bellos y preciosos. Sucede como con la plata, que se oxida con el tiempo. El brillo sigue ahí, pero ha quedado debajo, cubierto por los sedimentos y el paso del tiempo.

Lo mismo ocurre con la Eucaristía.

Lo que ocurre es que el tiempo, la repetición, convierte el gesto sagrado en rutina para nosotros, lo vacía de misterio, empaña el asombro. La gente puede entrar en Misa sin sentir ni asombro ni alegría, y salir sin sentir arder su corazón, sin haber reconocido a Jesús vivo entre ellos. Entonces hay que hacer como con la plata: pulirla.

Cuando Jesús habló a los suyos de comer su cuerpo y beber su sangre, todos se quedaron boquiabiertos. Era algo inaudito y chocante. Algunos discípulos se alejaron, decepcionados y descontentos por haber perdido el tiempo siguiendo las excéntricas locuras de un Galileo.

Para nosotros, sin embargo, la Eucaristía ya no es algo inaudito. No nos resulta chocante. Con el tiempo se ha domesticado, se ha convertido en lo que no era al principio: un acto exterior de culto separado de la vida, cuando debería ser una experiencia transformadora de la vida.

Liberemos a la Eucaristía de su pátina opaca. Redescubramos su corazón palpitante.

He estado en Grecia. Una de las primeras palabras que aprendes cuando vas allí, al alcance incluso del turista menos capaz de desenvolverse con idiomas, es eucharisties. La oyes todo el tiempo y la aprendes con gusto, porque es una palabra útil.

En griego, gracias sigue siendo la misma palabra con la que la Iglesia llama a la Cena del Señor. Y es una palabra que está en boca de todos, creyentes y no creyentes, todos los días. Una palabra que sabe a casa, una palabra de la lengua materna.

Lástima que no sea así en italiano. Cuando la Iglesia utiliza una palabra que no está en el lenguaje cotidiano, esa palabra se especializa para ese único uso religioso, el único en el que tiene sentido. Por eso la palabra eucaristía parece no tener nada que ver con la vida cotidiana.

Pero, en cambio, ¿qué hay más inmerso en la vida y más familiar, espontáneo, natural que un gracias? Decimos gracias tantas veces al día, y lo hacemos porque somos seres con necesidades, seres dependientes que recibimos continuamente: de otros seres humanos y de la naturaleza, del aire, del agua, del sol, de los animales y de las plantas... Si no recibiéramos continuamente, no podríamos seguir vivos.

La palabra italiana *grazie*, aunque no tiene ninguna relación con la palabra eucaristía, mantiene sin embargo un claro vínculo con la palabra gratis. La Eucaristía es un agradecimiento por algo que recibimos gratuitamente; es, por tanto, un don, un regalo en respuesta a nuestra necesidad.

No sé si esto está claro para todas las personas que van a Misa. Me temo que para algunos (o muchos, no lo sé) la participación en la Eucaristía no es sentida como un don para nuestra necesidad, sino al contrario como una petición de Dios a nosotros. Por tanto, adquiere el sabor de un deber, de una obligación. Pero esto no es lo que Jesús tenía en mente, de hecho, es exactamente lo contrario.

Jesús pensó en la Eucaristía como un don para nuestra necesidad, una respuesta a nuestra hambre y sed.

Por eso, creo que un sacerdote, antes de celebrar la Eucaristía, debería preguntarse: ¿de qué tiene hambre hoy mi pueblo? ¿Qué necesitan recibir de la Eucaristía? ¿Qué les falta?

Así actuará a imitación de Jesús, que vino a servir, Jesús siempre al servicio de las necesidades de la gente.

Creo que ésta es la dirección correcta y no la contraria, la que se pregunta en qué condiciones deben estar las personas para acercarse a Dios.

La dirección correcta es siempre la de Jesús, por supuesto, que nunca partió de los pecados de la gente, sino de sus necesidades. Como cuando pregunta al ciego Bartimeo: "¿Qué quieres que haga por ti?" (Mc 10,51; Lc 18,41). O cuando se preocupa por el hambre de la multitud que ha venido a escucharle, o también cuando responde a la sed de la mujer de muchos maridos, ofreciéndole el agua viva, o cuando sirve pan y vino incluso al hombre que le traicionará, porque el hambre de Judas es la misma que la de todos los demás.

Tal vez, aún no hemos metabolizado la verdad que nos trajo Jesús: el Dios de la última cena, del lavatorio de los pies, portando una toalla arrodillada en el suelo, quitando las costras de suciedad de los pies de sus amigos. Un Dios a nuestro servicio, nuestro lavador de pies.

Tan chocante, tan escandalosa es esta idea, que aún no la hemos asimilado. Y tal vez no queramos asimilarla -aunque el Evangelio hable claro-, porque si de verdad entendemos que Jesús hace esto por nosotros, también nosotros deberíamos hacer lo mismo los unos a los otros.



TORINO 2024

13° raduno
internazionale



Y es bonito terminar con unas palabras que no son mías, sino del Papa Francisco. Son palabras dirigidas en particular a los sacerdotes, pero extensibles, diría yo, a todos nosotros, cuando nos encontramos hablando del Evangelio a los demás:

"Quien quiere predicar debe estar dispuesto primero a dejarse conmover por la Palabra y hacerla carne en su existencia concreta" (EG 150).



Meditación del día
COMENTARIO A LC 24, 15-35

Sábado 2017

Lc 33-35 : *En ese mismo momento, se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos, y estos les dijeron: «Es verdad, ¡el Señor ha resucitado y se apareció a Simón!». Ellos, por su parte, contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.*

Comentario

Hemos llegado a la última secuencia del pasaje evangélico de Lucas: los discípulos parten inmediatamente de regreso a Jerusalén, informan a los Once de lo sucedido y descubren que Jesús también se les ha aparecido en la ciudad.

Vemos que también en esta última etapa el relato presenta una bifurcación y podría tener finales alternativos y esto depende, de nuevo, de lo que decidan los dos discípulos:

1. los discípulos podrían decidir esperar, no considerando urgente el viaje a Jerusalén;
2. los discípulos podrían decidir no ir a Jerusalén, guardándose para sí la noticia de la resurrección.

Como ya hemos visto en los pasajes anteriores, en este último los discípulos también toman la opción más creativa: ir a Jerusalén les permite vivenciar la noticia de la resurrección no sólo como una alegría personal, sino como una fuerza vital que reanima a la comunidad, una comunidad que estaba en peligro de desaparición y de la que ahora pueden sentirse de nuevo parte viva como anunciadores de Jesús resucitado.

Notemos un aspecto relevante: los discípulos no son enviados a la ciudad por orden de Jesús, sino que actúan por propia voluntad, sintiendo la premura en su corazón. Jesús no dice *haced esto y aquello*, no; lo que Él explicaba en las Escrituras y la experiencia eucarística vivida juntos transforman a los discípulos y los ponen en movimiento, sin necesidad de órdenes o mandatos.

Son libres y hacen lo que hacen porque quieren, porque sienten que algo les empuja desde dentro, no porque se lo ordenen desde fuera.

Este es uno de esos pasajes del Evangelio en los que se hace gran hincapié en la libertad, y es algo hermoso, me parece conmovedor.

También nosotros podemos ponernos en movimiento por anhelo, porque sentimos que algo nos apremia. La Eucaristía termina con las palabras: *La misa ha terminado, id en paz, o, en los domingos de Pascua, Id y llevad a todos la alegría del Señor resucitado*. Podemos interpretarlas como: *id en misión* (Nouwen). Y no es que sea necesario tener una misión concreta que cumplir, simplemente vuelves a tu vida cotidiana sintiéndote en misión.

"Se olvida que, no es que la vida tenga una misión, sino que es misión" (Xavier Zubiri, en GE 28).

Me gusta utilizar la imagen de la obra: el compromiso cristiano como el trabajo en una obra. El Reino de Dios es una obra debajo de nuestra casa. Nosotros somos sus obreros.

Elegir la misión significa elegir la propia identidad.

Por un lado, existe la posibilidad de rechazar la responsabilidad, por otro de asumirla, y por un tercero está la indecisión, la dilación.

¿Qué identidad eligen los dos discípulos de Emaús?

Vuelven a Jerusalén, donde unos días antes Jesús había sido ejecutado como un criminal. ¿Qué significaba ir a aquella ciudad de la cual se habían alejado?

Significaba embarcarse de nuevo en la peligrosísima y magnífica aventura para la que Jesús les había llamado.

Sin pensarlo dos veces, partieron y fueron a llevar el anuncio a Jerusalén, se unieron a la comunidad, sintiendo que tenían una contribución tan importante que hacer que valía la pena incluso arriesgarse a ser arrestados como Jesús.

Las dos alternativas entre ir o no ir a Jerusalén nos hacen reflexionar sobre lo que es realmente el pecado.

Una lectura religiosa que ve en Dios a un monarca que desde lo alto quiere nuestra obediencia, interpreta el pecado como "negar la lealtad al Soberano". Pero la libertad que Jesús deja a quienes le siguen nos hace comprender que el pecado es otra cosa: es "negarse a asumir la responsabilidad de cuidar, de amar... Es el deseo de separarnos de los demás como si no los necesitaráramos o ellos no nos necesitaran" (McFague).

El movimiento general de todo el pasaje de Lucas que hemos leído en los últimos cinco días va del resentimiento y la sensación de pérdida, la ira, el miedo y la depresión a la gratitud a través del asombro; esto lleva al deseo de volver a conectar con la comunidad y el compromiso.

Esta transformación, gracias al encuentro con Jesús, tuvo lugar en los discípulos en medio de una pérdida, en un momento muy difícil de sus vidas, cuando les faltaba el suelo bajo los pies, cuando se estaban dando respuestas completamente equivocadas, habían tomado una dirección errónea y estaban ciegos.

Esto nos reafirma en que esa fuerza de la fe, capaz de reavivar nuestra voluntad y capacidad de ser útiles al mundo, no es una condición de momentos idílicos, no es para esperar que nos sintamos 'bien' con Dios, seguros, sin dudas, cuando todo va bien.

"De hecho, es precisamente esa forma de ver las cosas la que nos mantiene infelices... Ahora mismo, en el preciso momento en que nos falta el suelo bajo los pies, arraiga la semilla del cuidado de los que necesitan nuestra ayuda y el descubrimiento de nuestra bondad" (Chödrön).

El deseo de los discípulos de volver a Jerusalén, de regresar al corazón del violento conflicto entre el poder político-religioso y Jesús, pone de relieve el valor social de la fe, el deseo de "cambiar el mundo" que Jesús enciende en nosotros. Y sobre esto el Papa Francisco escribió una hermosa página en la *Evangelii gaudium*, que me complace proponeros:

"Leyendo las Escrituras, queda claro que la propuesta del Evangelio no consiste sólo en una relación personal con Dios.

Tampoco nuestra respuesta de amor debe entenderse como una mera suma de pequeños gestos personales hacia algún necesitado, que podrían constituir una especie de 'caridad a la carta', una serie de acciones encaminadas únicamente a apaciguar la propia conciencia.

La propuesta es el Reino de Dios (Lc 4,43); se trata de amar a Dios que reina en el mundo.

En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será un espacio de fraternidad, justicia, paz y dignidad para todos.

Por eso, tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales [...].

La verdadera esperanza cristiana, que busca el Reino escatológico, genera siempre historia [...].

En consecuencia, nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de los individuos, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil [...].

Una fe auténtica -que nunca es cómoda e individualista- implica siempre un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor tras nuestro paso por la tierra".

Os deseo, de todo corazón, que seáis capaces de aportar vuestra contribución en este cambio del mundo, y que lo hagáis con alegría, aunque sea con las inevitables dificultades.

Os deseo que podáis actuar en vuestro propio territorio de misión, dando lo mejor de vosotros mismos, porque cada uno de vosotros es único, especial y nadie puede ponerse en vuestro lugar, nadie puede aportar lo que vosotros podéis aportar, con vuestros talentos que os pertenecen solo a vosotros.

Hay muchos caminos que podéis tomar. El Papa Francisco señala algunos de ellos como prioritarios: la construcción de la paz, la lucha para erradicar la pobreza, la preservación del medio ambiente del que dependemos.

¿Por dónde empezar?

Creo que la historia de los discípulos de Emaús puede proporcionarnos indicaciones muy útiles para nuestros retos de hoy. Lucas nos cuenta que los dos experimentan una reorientación de sus juicios y una apertura de ojos.

En palabras de hoy, podemos decir que, en lugar de dar vueltas a las noticias y dejarnos manipular por narraciones distorsionadas de la realidad, podemos buscar la verdad. Podríamos escuchar la buena noticia de Jesús, que no llama enemigo a nadie y se pone del lado de los pobres, los oprimidos y los rechazados.

Podríamos trabajar sobre nosotros mismos y ayudar a los demás a "crear una nueva mentalidad que piense en términos de comunidad, de priorizar la vida de todos sobre la apropiación de bienes por parte de algunos" (EG).

Al fin y al cabo, de eso se trata: de centrar nuestra vida en las cosas que importan y no distraernos con las insignificantes. Desperdiciamos energía y tiempo en cosas como: esforzarse por conseguir más dinero, tratar de aparentar, ir de compras, mirar el smartphone a cada minuto, vivir una vida egocéntrica... es una hemorragia de tiempo precioso, que nos distrae de las cosas importantes y nos roba el tiempo de nuestra vida, que se va para siempre. Así corremos el riesgo de llegar al final de la vida llenos de remordimientos por lo que hemos dejado de hacer.

"No es que se nos dé una vida corta, es que desperdiciamos gran parte de ella. Somos nosotros los que la hacemos corta perdiendo el tiempo. La vida es suficientemente larga y se nos ha dado una suma suficientemente generosa para conseguir los mejores resultados si se invirtiera bien... La vida es larga si se usa bien" (L. A. Séneca, Sobre la brevedad de la vida).

Si tenemos claro nuestro objetivo, en cada encrucijada de la vida podremos elegir bien nuestra aventura, ir hacia Jerusalén en lugar de detenernos en Emaús y así no malgastar nuestro tiempo.



Desde temprana edad, a partir de elecciones decisivas como: qué estudios y qué trabajo quiero emprender, y luego a lo largo de la vida, en cada pequeña o gran elección, cada persona debería preguntarse en cada encrucijada: ¿si tomo este camino, haré el mundo un poco mejor? ¿Aportaré un poco más de amor, un poco más de cuidados, un poco más de ternura? ¿Habrá más salud, más educación, más justicia, más cultura? ¿Aportaré un poco más de belleza y alegría? ¿Estará en mejores condiciones el entorno natural en el que vivo?

Si la respuesta es afirmativa, puedo confiar en que ése es el camino correcto.

Los dos discípulos de Emaús ya fueran una pareja o dos amigos, sintieron la urgencia de orientar sus vidas hacia las cosas que importaban. Y optaron por vivir su fe no sólo en una dimensión íntima: salieron de casa y se pusieron en camino.

Una teóloga recordaba que "las religiones mueren cuando su luz se va apagando; es decir, cuando sus enseñanzas dejan de iluminar la vida real de sus seguidores.... Allí donde la gente experimenta que Dios aún tiene algo que decir, las luces permanecen encendidas" (Johnson).

Los discípulos sintieron que sus vidas se reavivaban en su encuentro con Jesús, se dieron cuenta de que formaban parte de una gran historia en la que Dios da a hombres y mujeres la fuerza para crear un mundo distinto de éste, un mundo como dicta la voluntad de Dios.

Lo que es este nuevo mundo nos lo cuenta Lucas desde el principio de su evangelio. Desde el último capítulo en el que ahora nos encontramos, volvemos al primero y encontramos las palabras de María en el *Magnificat*, un canto no sólo espiritual, sino también social: derribar a los poderosos de sus tronos y ensalzar a los humildes, colmar de bienes a los hambrientos y despedir a los ricos con las manos vacías... (Lc 1,52-53).

Es un canto que desata toda la fuerza liberadora hacia los últimos del mensaje evangélico, las "grandes cosas" que Dios realiza (Lc 1,49).

Hoy tenemos una enorme necesidad de resucitar los grandes ideales, empezando por la paz, que significa la abolición de la guerra de una vez por todas, y sus raíces, que están en un sistema económico enfermo que *necesita* guerras.

En estos días hemos escuchado palabras evangélicas que nos hacen testigos de esperanza.

En un clima de pesimismo y resignación generalizados, vienen a decirnos que "la muerte no es la última palabra, la nueva energía de la resurrección pasa hoy; la rama que parecía estéril y encogida, se vuelve tierna.

Deja, pues, que el temblor de la resurrección entre y habite en ti.

Y deja que conquiste y libere en ti las energías de una nueva resistencia al mal; deja que salga, que libere en ti toda la autenticidad de tu vida" (Casati).

Al final de nuestro viaje juntos, deseo que todas y todos seamos cada vez más instrumentos en las manos de Dios para estas "grandes cosas". Y quisiera terminar con una hermosa oración del Padre Giovanni Vannucci, siervo de María y místico contemporáneo. Una oración con la que pedimos la fuerza para superar nuestras crisis, para seguir adelante incluso cuando nos falta el suelo bajo los pies, manteniendo viva la certeza de que Jesús nos espera a la vuelta de la esquina, para acompañarnos en el camino.

Una oración que nos haga sentir unidos, que nos haga experimentar la fuerza del bien circulando entre nosotros, el Espíritu de Dios que nos ama.



TORINO 2024
13° raduno
internazionale

Una oración que nos anima a vivir nuestra vida como una misión, como personas valientes que no tienen miedo de ir contracorriente, que no se resignan al mundo tal y como es, que se atreven a relanzar los ideales más grandes

Porque si Jesús ha resucitado, significa que el amor, la paz, la libertad, la justicia no pueden morir, resucitarán siempre con él.

"Pido una mirada a las estrellas, ese sano espíritu de utopía que lleva a reunir las energías para un mundo mejor (Francisco, *La sabiduría del tiempo*).

Os abrazo y cada uno de vosotros con muchísimo afecto.

Marina Marcolini

Envía tu Espíritu, por Giovanni Vannucci

*Envía tu Espíritu, Señor, como la brisa primaveral
que hace florecer la vida y abre el amor*

*Envía tu Espíritu como el huracán
que desata una fuerza desconocida
y levanta las energías dormidas*

*Envía tu Espíritu a nuestra mirada
para llevarla hacia horizontes más lejanos y vastos*

Envíalo a nuestro corazón para llenarlo de un ardor deseoso de irradiar

*Envía tu Espíritu sobre nuestros rostros entristecidos
para que reaparezca en ellos la sonrisa.*

*Envíalo sobre nuestras manos cansadas
para reanimarlas y ponerlas alegremente a trabajar de nuevo.*

Envía tu Espíritu sobre nosotros [...] y permanezca durante toda nuestra vida para ensancharla y darle tus dimensiones divinas.

Amen.

